



Dr. Lic. Antonio Pérez Marín.

Señores:

INTERESANTE y conmovedor es el objeto que nos reúne en este sitio, porque venimos á saludar con regocijo sin límites, el día no lejano aún en la crónica de los tiempos, en el que nuestros hermanos arrancaron una corona de inmarcesible laurel al genio de las batallas; corona inmortal, que resplandecerá siempre sobre sus frentes, porque combatieron por la patria; porque hicieron respetar el nombre de México y porque enseñaron al mundo todo, que cuando se lucha por la justicia y la verdad, basta sólo la convicción en el cumplimiento del deber, para triunfar del enemigo más poderoso.

La heroica jornada cuyo recuerdo hace latir con santo entusiasmo nuestros corazones, es un hecho palpitante, que prueba de una manera absoluta, que nada valen la fuerza, el poder, la pericia, el valor y la riqueza ante la fe del hombre libre, que sabe lo que es patria, y que no se deja subyugar por el grandioso y aterrador aparato de numerosos y bien organizados ejércitos.

Hace hoy veinticinco años que los soldados de México, desnudos, hambrientos, fatigados por una larga campaña, casi sin municiones de guerra, mal armados y pocos en número, combatieron contra las orgullosas y magnificas hues-

tes del déspota de Francia, que había hecho temblar vencedoras sus banderas en Malacohf y Magenta. Esos hombres que habían despreciado mil veces la muerte, y que lucían en sus pechos el premio de sus victorias, tuvieron que morder el polvo ante los pequeños batallones de los hombres libres: sus glorias se eclipsaron en la colina de Guadalupe. Con razón, año por año conmemoramos el día cinco de Mayo de 1862: en ese día triunfó la idea nueva de la vieja idea, y los sicarios del tirano, comprendieron que no impunemente se pretende esclavizar á una Nación libre.

Al recordar hechos de tal magnitud, mi voz tiembla y verdadero temor me asalta, por ser yo quien tengo de referirlos: comprendo mi insuficiencia; pero me alienta la convicción, de que mis pobres palabras al evocar el pasado, serán gratas á los héroes, porque se las dirijo en nombre de un pueblo que los admira y en su corazón conserva incólume su memoria.

Estoy obligado en este día de venturosa remembranza á narrar aunque sea á grandes razgos, esa época de sangre y de gloria: esa época terrible y grande, en la que llegando á la epopeya, envuelve también tristes y lúgubres hecatombes.

Oprimidos los pueblos por el fanatismo y la tiranía, consorcio terrible que durante miles de años dominó al mundo, sumergiéndolo en las tinieblas del oscurantismo; asentó también sus reales en nuestra infortunada patria, luchó sin tregua ni descanso por implantar su sistema en la tierra de Guautimoc y de Hidalgo, de Guerrero y de Morelos; pero los que habían jurado defender las ideas sublimes y regeneradoras de libertad, no cesaron un momento, y de pobres

mercenarios, se elevaron á la categoría de defensores de la humanidad.

Esos hombres llevaban por lema la emancipación del pensamiento, la libertad de la conciencia y el respeto profundo á los derechos del hombre; y con razón tenían fe en el combate, porque luchaban por una causa santa, la causa de la libertad, de esa diosa á cuyo soplo potente inclinan la cabeza los tiranos: idea regeneradora que cambiará la faz del mundo, porque ella es la primera ilusión del niño y la última esperanza del anciano: palabra mágica que hace palpitár los corazones, y que es la tumba de los errores y de los abusos: ella es el agua bautismal de las Naciones civilizadas; y por más obstáculos que se le opongan, se levantará siempre esplendente, porque es el elemento de la humanidad; pero los hombres del retroceso, no quisieron comprender esta verdad y constantemente opusieron terrible resistencia.

Día á día sufrían nuevos desengaños; pero no cejaban en su empresa; y cuando se vieron perdidos, recorrieron las Cortes del viejo continente pidiendo de rodillas elementos para vencer: recuerdan á Inglaterra la deuda que ellos mismos contrajeron cuando regían los destinos de la patria: excitan á España para que en nombre de un mentido honor, mande sus huestes á la tierra de Anáhuac: fascinan al Emperador de los Franceses ofreciéndole fáciles y gloriosos triunfos; y por fin, consiguen que la Escuadra tripártita surque nuestros mares y se presente amenazadora en nuestros puertos.

Caballeroso y siempre leal el Mexicano, permite que sus enemigos avancen hasta tomar cuarteles en benignos climas. Prudente antes del combate, procura un arreglo, y se entablan las

negociaciones diplomáticas que tuvieron por fin los tratados de la Soledad, Inglaterra y España, retiran sus legiones y sus bajeles surcan de nuevo los mares, llevando en sus pendones, si nó el triunfo de las armas, si el signo del honor: cumplieron como leales su empeño y volvieron à su patria, dignos de la consideración de los pueblos cultos.

Los soldados que desde fines del pasado siglo atronaron al mundo con sus conquistas; los que llevaron sus banderas à través de los helados desiertos de la Rusia: los que penetraron en la feraz y ardiente tierra de Egipto; los que sojuzgaron à la bella Italia; los vencedores de Austerlitz con el gran soldado del siglo; los opresores de Argel y los triunfadores en Sabastopol, olvidando sus promesas, hacen tronar sus cañones, llaman à combate sus clarines y desplegando sus banderas avanzan en son de guerra, hollando con los cascos de sus corceles nuestro querido y fértil suelo.

Las huestes Mexicanas casi sorprendidas por la deslealtad del invasor, se aprestan à la lid, luchan con fe en Aculzingo, y vienen à organizarse en esta ciudad.

Seis mil soldados contaba la división del Este, teniendo à su frente al inmortal Zaragoza, al humilde soldado del pueblo, cuya espada había brillado vencedora en Calpulalpan exterminando al Ejército defensor del oscurantismo.

En los momentos supremos del conflicto, los traidores mandados por Márquez y Cobos, por Tafoada y Vicario, avanzaban por el rumbo del Sur, amenazando batir à los leales. Necesario fué, que una columna de dos mil hombres marchara à contenerlos, mermando así el pequeño ejército que defendía à la heróica y ya entonces invicta

Puebla. Los pocos soldados que la guardaban se aprestaron á la lucha: ellos no eran por cierto viejos veteranos, eran los hombres del campo y del taller, del comercio y de la cátedra; pero defendían el suelo que los vió nacer, el cielo hermosísimo que cubría sus cabezas, el hogar de la familia, la santa madre que les diera el sér, la vírgen de sus ilusiones ó la casta esposa que cuidaba solícita á sus pequeños hijos, pedazos queridísimos de su corazón. Por esto es, que no contaron á sus enemigos, y con valor heróico se lanzaron al combate.

Amaneció el día 5 de Mayo de 62, el invasor levantó sus tiendas al Oriente de la ciudad, dispuso su ataque y destacó sus columnas sobre la colina de Guadalupe, ligeramente fortificada. Se dió la señal de la lucha, franceses y mexicanos se lanzan á ella: estalla el cañón: chocan las armas: inmensa polvareda asciende hasta las nubes envolviendo á los combatientes: los clarines llaman á la lid: los guerreros empuñan el bridón y blanden el acero: la sangre corre tiñendo los campos: arrecia la lucha y todo es confusión: vacila un momento la victoria; pero el dios de las batallas la dà por fin al mexicano.

Los soldados imperiales, con valor heróico, vuelven de nuevo á la carga: los batallones van contra los batallones: inmensa gritería se escucha: los invasores cual terrible avalancha destruyen cuanto obstáculo encuentran en su marcha, están ya cerca de nuestros reductos: llegan al borde de nuestros fozos, quieren salvarlos, y caen sin vida traspasados por las balas mexicanas. Por segunda vez la fortuna les es adversa, y tienen que volver á sus posiciones; pero recordando sus pasadas glorias acometen de nuevo con indescriptible furor á nuestros valientes:

Saludemos Señores al héroe inmortal: descubramonos respetuosos ante su memoria, y mandemos también nuestro fraternal y respetuoso saludo á sus invictos hermanos de armas Díaz, Berriozábal, Negrete y Méndez.

Permitid que yo, el último de los soldados del ejército de Oriente, derrame una lágrima sobre las tumbas de mis amigos, de mis hermanos que ya no existen, y salude orgulloso á aquellos que allá en mis juveniles años compartieron conmigo sus desgracias y sus placeres, sus glorias y sus infortunios. ¡¡Valientes de Mayo, recibid la corona cívica que como buenos arrancasteis á la gloria, llevadla siempre, y que jamás se empañe, porque ella es el premio del valor, de la abnegación y de la virtud!!

Vosotros habéis enseñado á las generaciones venideras, que la muerte es preferible á la esclavitud, y que si un día, osado extranjero pretende amarrarlos á su carro de guerra, morirán antes que ver hollado su suelo por los cascos de sus caballos. Imitad á Numancia, en donde penetraron los Lobos de Roma cuando no tenía ya un sólo defensor; pero nó, México no tendrá nuevos opresores, porque recordarán con espanto los heroicos esfuerzos de sus hijos por salvar su autonomía: sabrán que aquí se lucha sin tregua por la Independencia de la patria: que de cada piedra nace un soldado: que los bellos y fecundos campos, en donde pródiga la naturaleza cubre de abundantes frutos, se convierten en regueros de sangre, en soledades de muerte y en sepultura de los tiranos: recordarán, en fin, el *Cerro de las Campanas* y temblarán ante la ira del pueblo.

Nó patria mía, nó: no volverán las legiones de invasores á hacer retemblar tu suelo: tú; la

de las bellas palmeras, la de los bosques de limoneros y naranjos; la de los altos cocoteros; la de las doradas cementeras; la Señora de los jardines y Sultana de los lagos, tienes hijos que sabrán defenderte, que sabrán morir por ti, y podrán exclamar como Medea: “yo me basto à mi misma, porque mi pueblo es como el guerrero fantástico de Homero, que sólo pedía luz para combatir aún contra los dioses.”

HE DICHO.